

# CONO SUR de AFRICA

## CARTA DESDE JOHANNESBURGO

En este momento estoy sentado delante de una pantalla de ordenador en algún lugar de Johannesburgo, en Sudáfrica. He llegado hoy desde Windhoek tras una paliza de 2.100 kms y 25 horas ininterrumpidas de autobús. Estoy bastante cansado. Muchas sensaciones y experiencias en muy poco tiempo. Adrenalina, asfalto y tierra, animales salvajes, sabana y desierto. África en estado puro.

Dicen que *J'Burg* (como la llaman aquí) es, junto a la nigeriana Lagos y a la somalí Mogadiscio, la gran ciudad más peligrosa del continente. La primera percepción de un viajero que llega a esta urbe de contrastes es de inseguridad, y desde el primer momento cualquiera con el que tropieces te avisará de que no es buena idea para un blanco pasear de día, y menos de noche, por tres cuartas partes de la ciudad. Los blancos viven agrupados en barrios cerrados muy protegidos. Como en cualquier otra parte del mundo, la desigualdad extrema alimenta la violencia.

Estoy a punto de finalizar la primera etapa de un largo viaje por África subsahariana. Hace meses di los primeros pasos en Nairobi, Kenia, y crucé el continente desde el Este en Zanzíbar, en las playas del Índico, hasta el furioso Atlántico sur de Swakopmund, en la costa oeste, haciendo una diagonal descendente de nueve mil kilómetros, siempre por tierra. He viajado casi siempre en atestados autobuses y furgonetas, o haciendo auto-stop, enganchándome a conductores de camiones y pickups. He caminado mucho... incluso he volado doscientos kilómetros en una pequeña avioneta. He surcado riachuelos, marismas y lagunas durante una semana encajonado en el tronco hueco de un árbol. Séneca escribió: *el cabalgar, el viajar y el mudar de lugar recrean el ánimo*. Se le olvidó decir que agotan.

Pasado mañana doce de Enero vuelo 4.600 km dirección noroeste hasta Lomé, capital de Togo, en África Occidental, cerca de Nigeria. Estoy

convencido de que una buena parte de lo más espectacular del continente olvidado está escondido en algunos rincones del cono Sur. La riqueza de la fauna y la majestuosidad de los paisajes hacen que uno se sienta muy pequeño. La naturaleza desbordante en las Cataratas Victoria, la travesía en canoa por el laberinto de ríos del Delta de Okavango, la sensación de insignificancia en las dunas de Namibia o en la breve y fría sensación de poder en la cumbre del Kilimanjaro...

He sumado experiencias memorables y he gozado de la compañía de Juan y Eduardo, de Madrid y Sevilla, buenos amigos que se han arriesgado a viajar desde España para unirse a un descerebrado durante un par de semanas. También he percibido la influencia de la cultura europea en los territorios del Sur de África y he llegado a entender cómo nuestra forma de vida occidental, hipnotizante en su riqueza material y pobre en relaciones humanas y solidaridad, va contagiando a los pueblos y etnias como un virus. Considero que el epicentro local de este cáncer cultural está en las grandes ciudades sudafricanas. Ya están infectados sin remedio Botsuana y Namibia. También me desilusiona descubrir que formas descafeinadas de apartheid están aún muy patentes en Sudáfrica y Namibia. En la ex-colonia alemana la segregación racial es evidente, anacrónica y ofensiva. Los namibios acomodados (casi siempre caucásicos) manifiestan con despreocupación que el blanco europeo es rico e inteligente y el destino inevitable del negro africano debe ser la pobreza y el analfabetismo. La mayoría de los namibios tienen perfectamente asumido su papel y lo viven, o con insolencia y prepotencia o con una triste y desesperanzada naturalidad. En un brote de pesimismo, y tras mucho leer, analizar, observar y charlar, he abandonado mis esperanzas de que en las próximas décadas el África subsahariana (salvo algunas excepciones) pueda salir adelante por sí misma. La intrusiva influencia intelectual, económica y social de occidente descafeína la milenaria cultura y tradición que ingenuamente atesora esta increíble y todavía desconocida parte del mundo. El inglés es el idioma oficial de Namibia, Botsuana, Sudáfrica y Zimbabue, eclipsando la relevancia y popularidad de los dialectos locales. Hoy, cualquier nativo debe ser políglota si quiere emigrar o dar unos pasos fuera de su poblado. En los más espectaculares y bellos enclaves naturales, como las Cataratas Victoria, el Delta del Okavango, el Parque Nacional Hwange, Swakopmund, las dunas del desierto Namib Naukluft, el 99% de los turistas son caucásicos. Los negros trabajan para que los de rostro pálido disfruten divirtiéndose o practicando deportes de aventura, actividades que a ellos les

resultan frívolas y nada tienen que ver con su lucha para sobrevivir cada día. Rafting, puenting, sand-dune boarding, excursiones en quads, pesca, safaris etc... Los nativos de color no entienden estas frivolidades porque con los cien euros que pagas por cinco segundos de caída libre desde un puente, ellos alimentan a su familia durante una buena temporada.

Dejando a un lado esta filosofía aburrida y pesimista, debo reconocer que lo he pasado cojonudamente. Sobre todo viendo como Juan y Eduardo han disfrutado de unas de las mejores semanas de sus vidas.

Hemos corrido *detrás* de leones, hemos saltado al vacío desde 111 metros de altura, hemos descendido sobre una tablita de surf por uno de los ríos de aguas revueltas más salvajes del mundo, hemos navegado en canoa por una de las reservas ecológicas más vírgenes, levantando la tienda de campaña con cuidado de no obstruir un paso de elefantes, nos hemos deslizado en una tablita a 80 km por hora por las dunas más altas del mundo, hemos conocido la noche y los bares de moda de algunas ciudades, hemos pasado una nochevieja cantando y bailando en un concurso de misses, etc.

También he hecho varios viajes en autobús de más de 24 horas seguidas a más de 35 grados encogido en el duro asiento de un autobús-chatarra, me han humillado y he tenido que pagar sobornos para atravesar la frontera de un país, me he enfrentado dialécticamente con un director nacional de aduanas, hemos dormido en el suelo de la choza de barro de un desconocido cuando cayó la noche sin encontrar donde caer muertos, he acudido a la policía buscando ayuda cuando nadie me recogía al borde de la carretera, han estado cerca de atacarme para robarme, he visto como a una compañera de viaje se le denegaba la entrada a un país, he visto escondido detrás de arbustos a mi guía provocar un fuego para ahuyentar a un par de elefantes a punto de embestir...

Decía Chesterton: *la aventura podrá ser loca, pero el aventurero debe ser cuerdo.*

## CAMINO A ZIMBABUE

Tenía por delante cinco días para llegar a Harare (capital de Zimbabwe) y recibir en el aeropuerto a Juan y Eduardo. Una semana antes me habían comunicado a través de un correo electrónico que aprovecharían las

vacaciones de navidades para acompañarme durante quince días, visitando Zimbabue y Bostuana. Aún me quedaban varios miles de kilómetros hasta Harare. Tenía que atravesar la mitad de Tanzania, Malawi, parte de Mozambique y Zimbabue.

El autobús que tomé desde Dar es Salaam, capital de Tanzania, hasta Lilongwe, capital de Malawi, fue una terrible odisea. Veintiocho horas sin descanso bajo un calor asfixiante y húmedo, en un vehículo a rebosar de pasajeros, con los pasillos obstruidos por toneladas de equipaje, un conductor trastornado, carreteras en estado innombrable y una interminable espera, incluida humillación y soborno, en la frontera con Malawi. En el autobús entablé amistad con los dos únicos pasajeros no africanos, John y Teresa, dos veinteañeros de Australia y Portugal. Se habían conocido en Nairobi trabajando para las Naciones Unidas y pretendían disfrutar juntos unas vacaciones románticas en Zimbabue. No imaginaban lo se les venía encima.

En el puesto fronterizo entre Tanzania y Malawi el oficial de aduanas decidió arbitrariamente bloquear el paso a los tres occidentales del desvencijado autobús tanzano, dándonos a entender que sería bienvenida una *contribución monetaria a la causa aduanera*. Con un gesto desdeñoso y moviendo la palma de la mano hacia abajo nos sugirió que esperásemos sentados algunos minutos. Mientras los pasajeros africanos obtuvieron su visado de entrada casi inmediatamente, Teresa, John y un servidor pasamos horas esperando a que los funcionarios se dignasen a atendernos; no queríamos contribuir pagando un soborno. Con gestos autoritarios y muecas de desprecio, sugirieron que esperásemos hasta que estuvieran menos ocupados. Mientras tanto bromeaban y holgazaneaban detrás del mostrador. Para tranquilizarme me engañaba repitiendo la frase de Tierno Galván: *bendito sea el caos, porque es síntoma de libertad*.

Pasaron muchas horas y anocheció, la barrera de la frontera se cerró, el puesto de control quedó semivacío y los pasajeros africanos de nuestro autobús aguardaban impacientes al otro lado del puesto fronterizo. Los tres permanecíamos sentados en el mismo banco, con el trasero dolorido, en una espera estéril. El cabreo había mutado a cansancio y pesimismo. Entrada la madrugada, un funcionario de Malawi hizo un gesto para que nos acercáramos al mostrador. El oficial ojeó con desgano nuestros pasaportes y perdonándonos la vida manifestó que tendríamos problemas para obtener el

visado de entrada a Malawi. Sin embargo, en un acto de suprema benevolencia, podría interceder ante su jefe para, dada la situación especial y el hecho de que les habíamos caído bien, obtener una autorización especial para acceder a su país. Con el rabo entre las piernas y comiéndonos nuestro vapuleado amor propio, tuvimos que acceder. Satisfecho, el funcionario desapareció con nuestros pasaportes, y regresó minutos después con una amplia sonrisa y el visado estampado en la hojita. Pero tan beatífica intercesión tenía un precio de diez dólares por cabeza. Con el rabo entre las piernas y de mala gana sacamos los billetes de nuestros bolsillos. Entrada la madrugada, el autobús retomó su trayecto hacia Lilongüe con bastantes horas de retraso. Mientras todos dormían yo no paraba de darle vueltas a mi cabeza. La corrupción mantiene postrado a este pueblo. Muchas horas de insomnio después serpenteamos por las desoladas y sucias calles de los suburbios de la capital de Malawi. La rabia y sensación de impotencia permanecían intactas, y me volvía a plantear las preguntas habituales:

¿Cómo ha llegado África a esta situación? ¿Hay justificación para tanta pobreza y corrupción en este continente olvidado? No conozco a nadie que haya dado aún con la respuesta. Mientras mas te documentas, informas y lees, más difícil es llegar a una solución. Sin embargo, me gusta la explicación de Ryszard Kapuscinski cuando escribe en Ébano que los europeos somos culpables de una colonización desastrosa:

*“Estando en África, el europeo no ve mas que una buena parte de ella: por lo general, ve tan solo su capa exterior, que a menudo no es la más interesante, ni tampoco tiene la mayor importancia. Su mirada se desliza por la superficie, sin penetrar en el interior, como si no creyese que detrás de cada cosa pudiera esconderse un misterio... la cultura europea no nos ha preparado para semejantes viajes hacia el interior, hacia las fuentes de otros mundos y de otras culturas. El drama consistió, en el pasado, en el hecho de que sus primeros contactos recíprocos pertenecieron a una esfera dominada por hombres (europeos) de la más baja estofa: sicarios, pendercarios, delincuentes, traficantes de esclavos etc... no se les pasó por la cabeza el intentar conocer otras culturas, respetarlas, buscar un lenguaje común. En su mayoría, se trataba de torpes e ignorantes mercenarios, sin sensibilidad alguna y a menudo analfabetos. No les interesaba sino conquistar, masacrar, saquear. De resultas de tales experiencias, las culturas – en lugar de conocerse mutuamente, acercarse y compenetrarse – se fueron haciendo hostiles las unas frente a las otras, y*

*en el mejor de los casos, indiferentes... las relaciones interpersonales habían empezado a fijarse de acuerdo con el criterio más primitivo: el color de la piel”.*

Kapuscinski sigue diciendo: *“En tiempos anteriores a la colonización (no hace mucho) en África habían existido más de diez mil países, entre pequeños Estados, reinos, uniones étnicas, federaciones. El historiador Oliver...centra su atención en la paradoja, aceptada de manera generalizada, según la cual los colonialistas europeos llevaron a cabo la división de África. ¿División?, exclama Oliver asombrado. Brutal y devastadora, pero mas bien fue una unificación: el numero diez mil se redujo a cincuenta.”*

Cuando se fueron los europeos, a mediados del siglo XX, comenzó lo peor, y transcurrió en dos etapas:

*“la primera etapa ha consistido en una descolonización rápida, en conseguir la independencia. Optimismo, entusiasmo y euforia se adueñaron de todo el mundo. La gente estaba convencida de que la libertad significaba un techo mejor encima de su cabeza, un cuenco de arroz más grande y unos zapatos, los primeros en la vida. Que se produciría un milagro: la multiplicación del pan, de los peces y del vino. No se produjo nada de esto. Todo lo contrario: (en la segunda etapa) aumentó vertiginosamente la población, para la cual faltó comida, escuelas y trabajo. Decepción y pesimismo no tardaron en reemplazar al optimismo. Toda la amargura, rabia y odio se dirigieron hacia las propias élites que, voraces, se dedicaban a llenarse los bolsillos lo más deprisa posible. En un país que no tiene una gran industria privada, donde las plantaciones pertenecen a extranjeros y los bancos también..., una carrera política es la única posibilidad de amasar una fortuna.”*

## LILONGÜE, MALAUI

Cuando el sol emergía detrás de las húmedas chozas y edificios mal contruidos de los arrabales de la capital, nuestro cacharro agonizante entró ruidosamente en la dormida estación de autobuses. Mas que una estación era una explanada son suelo mal asfaltado, con docenas de viejas furgonetas paradas y vacías, y gente durmiendo acurrucada en el suelo entre fardos de tela. Agotados física y emocionalmente estábamos en la capital del pequeño

país, uno de los más densamente poblados y pobres del planeta. Preguntando llegamos a un ruidoso albergue cerca de la estación, con los inodoros compartidos atascados y rebosando heces. Me desenganché la mochila en la sencilla habitación de paredes descascarilladas y una pequeña cama de con sábanas limpias. No pensaba en dormir.

Sin la compañía de Teresa y John, me dirigí en un taxi sin ventanas ni parabrisas al pequeño complejo de construcciones bajas y despintadas que forman el Ministerio del Interior de Malawi. Era aún temprano en la mañana, pero un calor tórrido inundaba los largos pasillos flanqueados por despachos vacíos. Oscilaban con un tacatacataca metálico los viejos ventiladores de mesa. Aún no habían llegado los funcionarios. Fui a darme un paseo por los alrededores, que sorprendentemente, estaban ajardinados y bien cuidados. Los gobernantes suelen escoger los mejores sitios para trabajar. Al volver una hora después pregunté por el departamento de aduanas del ministerio. Me atendió un funcionario con camisa blanca arremangada que necesitaba un café. Expliqué detalladamente el *secuestro* en la frontera, pero percibí que con este señor no llegaría a ningún lado. Pedí dirigirme a su superior. Dijo que estaba de vacaciones. Estaba cansado y cabreado, por lo que no me costó armar un poco de jaleo. Pocos minutos después media docena de funcionarios ya conocían mis desventuras. Para evitar más problemas, me llevaron hasta el superior que supuestamente estaba de vacaciones. Me hicieron pasar a su amplio despacho. Un enorme africano vestido de militar de alta graduación me indicó que tomara asiento en un sillón de cuero tinto con orejeras al otro lado de su lujosa mesa. El funcionario que nos presentó se retiró con una reverencia, caminando hacia atrás y sin dar la espalda en ningún momento, y cerrando la puerta con sumo cuidado. El oficial o *capo di capi* llevaba en su muñeca un grueso Rolex de oro. En la mesa había una foto suya enmarcada en plata saludando cariñosamente al que parecía ser el primer ministro. Estaba sentado ante un pez gordo. Hablaba perfecto inglés. Le narré con detalle el mal rato que había pasado en la frontera la noche anterior, antes sus funcionarios. Tras escucharme con atención, me pareció que su estado de ánimo había empeorado y me pidió una detallada descripción de los funcionarios que me habían retenido. Levantó el teléfono y gritando en algún dialecto local soltó lo que parecían improperios a un infeliz al otro lado de la línea. Hizo varias llamadas y habló con el mismo tono agresivo. Cuando colgó definitivamente el teléfono, me aseguró con una sonrisa que el problema estaba resuelto, a su manera. Como favor me pidió que me trasladase a

Blantyre, al sur del país, a contarle mi historia a algún otro funcionario de rango. Por razones obvias, me negué educadamente y le di las gracias. Siempre me he preguntado si mi reclamación tuvo alguna consecuencia sobre las posteriores entradas de viajeros occidentales. Me temo que no. En los días que pasé en Lilongüe llegué a temer la visita a mi alojamiento de algún funcionario o militar cabreado.

Lilongüe estaba aún inundada por las intensas lluvias que caían durante varias horas al día desde hacía varias semanas. Estábamos a principios de verano, que en el hemisferio Sur se produce durante nuestro invierno. El objetivo de nuestra parada temporal en la capital de Malawi era obtener un visado para pasar por Mozambique, ya que era etapa necesaria en nuestro viaje por carretera hasta Harare. El visado para entrar en Zimbabue lo obtendríamos en la frontera entre Mozambique y Zimbabue. Al menos, eso pensábamos. Para nuestra sorpresa, la embajada de Mozambique en Lilongwe tardó 48 horas en estamparnos el aparatoso sello. Nos quedamos atascados en esta fea e inundada ciudad más de lo hubiéramos deseado. Mientras tanto, la lluvia decidió no dar tregua durante estos dos días.

Por doce euros cada uno, John, Teresa y yo compramos bajo un aguacero billetes de autobús Lilongwe-Harare, con el obligado tránsito por el norte de Mozambique. Forcejeando en la estampida que suele producirse para entrar los medios de transporte en esta parte del mundo, conseguí un asiento en el autobús tras algunos gritos y empujones. Otra vez otra odisea. Pasamos 18 horas en un vehículo de cinco asientos por fila. Afortunadamente, esta vez dormí como un lirón y los trámites en la frontera con Mozambique fueron rápidos. Durante todo el día atravesamos parte de este olvidado país por el *Corredor de Tete*, que une los poblados de Arame y Changara. Por lo que observé desde la rayada ventana del autobús, Mozambique es uno de los países más pobres del planeta. Hace unas dos décadas años salió de una cruenta y sangrienta guerra civil que duró dieciséis años. Esta nación colonizada hasta hace poco por los portugueses y azotada por las inundaciones las sequías y el Sida depende de la agricultura, la pesca y mucha ayuda exterior. Hoy los campos están repletos de minas y muchos no tienen para comer. Más adelante he vuelto a este país y lo he recorrido en detalle, conociéndolo mejor. Pero eso es otra historia.

Pero no todo es jauja. Los problemas fronterizos surgieron otra vez en la frontera con Zimbabue. A Teresa le exigieron visado para entrar que no

tenía. Los mozambiqueños y los portugueses como antigua metrópoli, tienen algunos problemas diplomáticos con Zimbabue. No la dejaron entrar. Sus llantos y nuestras súplicas no sirvieron para convencer al tozudo funcionario zimbabués, que se refugiaba en las órdenes de su ausente superior. John continuó el viaje hasta Harare, angustiado, con la esperanza de obtener un visado para su novia. No lo consiguió y los dos tuvieron que regresar. Su romántico viaje había terminado precipitadamente. Durante el trayecto recuperé las citas de Paul Theroux: *los viajes son fabulosos sólo en retrospectiva* y Serrat *caminante no hay camino, se hace camino al andar*.

## ZIMBABUE

Este castigado país sin salida al mar tiene 390.000 km<sup>2</sup> y una población algo inferior a trece millones de habitantes. Casi todo el mundo en las ciudades habla buen inglés. Aunque está situado en el húmedo y caluroso trópico, Zimbabue o *gran casa de piedra* no es un país demasiado caluroso porque la mayoría de las tierras se elevan en una meseta a casi mil metros de altura.

En 1850 Livingstone lo atravesó en su histórica y fracasada búsqueda de las fuentes del Nilo. Pero en 1885 descubrió para el mundo occidental las cataratas que denominó Victoria, hoy principal atracción turística del país. En 1889, Cecil J. Rhodes, que decía representar los intereses de la reina de Inglaterra al norte del río Limpopo, se introdujo desde Sudáfrica en la tierra de los Shonas y Ndebele con sólo quinientos hombres. Formaban su *columna de pioneros*. Descubrió las minas de oro de Kimberley. Clavó la bandera de la Union Jack en Salisbury (actual Harare) y hasta casi un siglo después, cuando Zimbabue se independizó (1980), el país se llamaba Rhodesia.

A principios de 1990, la Reina Isabel II visitó Zimbabue durante una de las peores sequías de su historia. Cuando comenzó su discurso diciendo “rezo porque la sequía termine pronto” se descargó un chaparrón que duró varios días. En 1995, Isabel II provocó una situación parecida en Sudáfrica. Pasaron a llamarla *Motlalepula*, o *la que trae la lluvia*. Hoy, por culpa de la mala gestión política y económica que desangra una buena porción de este continente, el país está en caída libre en los índices de riqueza y desarrollo humano.

Harare, libre adaptación de *En-Harawa* y nombre del antiguo jefe tribal de la zona, se llamó Salisbury hasta 1982, poco después de la independencia de Inglaterra. Es hoy una moderna pero decadente ciudad de algo menos de tres millones de habitantes, incluidos los suburbios infestados de campesinos desesperados, chabolas y pobreza. Su centro alberga rascacielos de cristal y metal, anchas y descuidadas avenidas, lujosas calles comerciales con las tiendas cerradas, mansiones vigiladas y coches importados. El porcentaje de población blanca era alto hasta hace poco. Los pocos caucásicos que quedan de origen anglosajón viven separados de los negros en las ricas barriadas cerradas del Norte y Este de la ciudad. El centro de la ciudad y distrito de negocios es una zona compacta, flanqueada por las calles Samora Michel, Robert Mugabe, Fourth Street y Jules Nyerere Way. Por la noche se escuchan los ecos de música africana desde el Civic Center y la calle Julius Nyerere.

Tras de teñirme el pelo de un hortera rubio platino en una peluquería barata del centro de la ciudad, fui al aeropuerto a dar la bienvenida a Juan y Eduardo, que llegaron uniformados al más puro estilo Coronel Tapiocca. Con un gesto agradecido parecían rehuir los mantecados, el turrón, los villancicos, el abrazo forzado al cuñado/a que no aprecias demasiado, la copa de champán barato que no te apetece, las campanadas por la primera en la Puerta del Sol, la uva que se te atraganta, los niños que gritan y corretean por una casa abarrotada hasta la madrugada, el almuerzo de empresa que estas deseando que se vaya el jefe o irte a tu casa, el comentario del familiar gracioso, el regalo cuyo papel rasgas rezando que hayan guardado el ticket de compra para descambiarlo, los empujones en el gran almacén para comprar un regalo, el tráfico infernal, la lluvia fina y fría... Ambos estaban ansiosos por experimentar unas vacaciones diferentes, lejos de los tópicos típicos de la navidad española.

Tras un ruidoso recibimiento nos quedamos un par de noches en el Hotel Terreskane. Durante la primera noche, la música africana retumbó sin pudor bajo nuestra habitación hasta casi el amanecer. El día siguiente lo dedicamos a organizar un viaje al Parque Nacional de Hwange y a *Vic Falls* o cataratas de Victoria, en el noroeste del país.

Tomamos un cómodo autobús hasta Bulawayo. Desde allí hicimos auto-stop en una camioneta pick up hasta el *Hwange National Park*. Este parque

natural es uno de los más accesibles y ricos en animales salvajes de toda África. Situado en los límites del mítico Desierto de Kalahari, Hwange era la antigua reserva de caza de los reyes Ndebele. Se convirtió en Parque Nacional en 1929. Tras el reconocimiento internacional en 1980 de la independencia de Zimbabue, los cazadores furtivos mataban entre 15 y 20 rinocerontes por semana. En Oriente se pagan cientos de dólares por un pequeño bote con polvo de cuerno de rinoceronte. Dicen que tiene propiedades afrodisíacas cuando se aplica a los genitales. Desde entonces, la población de rinocerontes ha ido menguando hasta quedar casi extinguida. En Hwange nos alojamos en una cómoda cabaña del Main Camp. Contratamos un jeep con guía y disfrutamos observando familias de elefantes que retozaban en las charcas. Ese mismo día divisamos de pie en el vehículo solitarias hienas y chacales, cocodrilos, perros salvajes, leones y jirafas. Curiosamente, Zimbabue tiene un problema de sobrepoblación de paquidermos, con más de 70.000 ejemplares. Matan familias enteras a balazos ya que es demasiado caro trasladarlos. Poco tiempo atrás, durante las sequías, algunos elefantes huyeron de su hábitat natural e invadieron las ciudades, destruyendo parques y jardines urbanos. No son pocos los casos en los que se introdujeron en las propiedades privadas para beber de las piscinas. Un elefante que se siente amenazado puede ser letal.

A menos de cien kms del parque Natural de Hwange se encuentran las Cataratas Victoria, la principal atracción turística de esta parte de África. En esta latitud el caudaloso río Zambeze se abre como un rastrillo hasta adquirir una anchura de 1,7 km, y cae en picado desde una altura entre 90 y 107 metros. En agosto pueden desplomarse medio millón de metros cúbicos de agua por minuto. De marzo a mayo este volumen se multiplica por diez. Dicen que *Vic Falls* es la contribución de Zimbabue a las maravillas del mundo. Sentarse en un buen sitio para ver la magnificencia de estas atronadoras cortinas de agua es un espectáculo que pone la piel de gallina.

La verdadera Victoria Falls es un poblado artificial y turístico construido cerca de las cataratas. Es un lugar carnavalesco, plagado de agencias de viajes, tiendas de camisetas, bazares llenos de artesanía típica africana, furgonetas y hoteles de lujo, turistas obesos y ruidosos con cantosas camisas de flores, hamburgueserías y mafiosos que *te ayudan* a cambiar euros o dólares. El lado agradable es que el poblado ofrece muchas posibilidades para divertirte con actividades fuera de lo común. Una de ellas es el gran salto...

## PUENTING RADICAL

*...O como saltar al vacío atado a una goma.*

Dicen que *Vic Falls* es el centro africano del deporte-aventura. No sólo goza de las impresionantes cataratas sino también de una excelente infraestructura para los amantes de las actividades extremas. Si pagas puedes volar en ala delta, ultraligero y globo, dejarte llevar en balsa por las aguas turbulentas del río Zambeze, kayaking y riverboarding, safaris a caballo y en canoa, trekking, bicicleta de montaña etc.

Pero uno de los mayores derroches de adrenalina es tirarse al vacío desde uno de puentes más altos de África. Hoy recuerdo con escalofríos la fugaz experiencia que me dejó trastocado durante varios días. Narraré la experiencia en segunda persona, para hacerlo más inmediato:

Por unos ochenta euros accedes al puente de hierro que une Zambia con Zimbaue, que une en las alturas las dos orillas de un cañón espectacular. Miras abajo y a 111 metros el fondo se estremece con un runrun sordo; observas atemorizado un caudaloso río de aguas espumosas y enfurecidas. Arriba, sobre el asfalto del puente, hay bastante actividad. Cerca de una pequeña plataforma metálica que sobresale en el centro de la estructura se arremolinan varios jóvenes caucásicos con aspecto surfero que parecen manejar el cotarro, y muchos curiosos. Unos minutos después, tras tomar la fatídica decisión, llevas un número de tres o cuatro cifras pintado en el brazo, cerca del hombro. Un número es tu turno y otro tu peso. Notas como tu preocupación se va transformando en pánico a medida que los locos que te preceden van saltando al vacío, animados por los surferos.

“¡43!” grita John, un corpulento y rubio monitor sudafricano.

Mientras el 43 aterrorizado se acerca a la plataforma, escuchas lo que no quieres oír:

“¡44!”

“Soy yo...”

“acércate...” “¿como te llamas?”

“Manuel.”

“¿Estas seguro de lo que vas a hacer? ¿Algún problema cardíaco o de salud? Bueno, déjame explicarte que estas a punto de experimentar la caída

al vacío mas alta del mundo”.

“Alcanzarás los 180 km por hora. La seguridad es lo más importante. Cuando estés cayendo no se te ocurra escupir. ¿Has firmado el testamento? La semana pasada se machacaron el cráneo ocho personas.”

Ja ja, que poca gracia.

Escuchas todo esto mientras te enrollan una toalla en las espinillas y te atan una cuerda alrededor de los tobillos. Tu predecesor, el 43, desaparece súbitamente de la plataforma bajo la mirada atenta de todos los curiosos que encaramados a la barandilla exclaman ¡¡oooooh !! al unísono.

El surfero te sigue diciendo tonterías en inglés. Por detrás alguien te empuja suavemente hacia la plataforma. Los curiosos abren paso y en un periquete estás de pie al borde del abismo, preparado para el salto. Te sientes como un cordero que va al matadero. Tu instinto de supervivencia te quiere traicionar y tus piernas tiemblan. Estás sólo sobre una rejilla metálica de un metro cuadrado. Todos han quedado atrás.

“¡No mires abajo!”.

Demasiado tarde. Miras abajo y te percatas que estas encaramado sin protección a milímetros de un abismo equivalente a un edificio de 40 pisos. Ves el agua espumosa que te espera amenazante. Te recorren escalofríos. Un zumbido en la cabeza te aísla del sonido exterior. Ves y no escuchas. Miles de pensamientos apelonados. Estas a punto de darte la vuelta y huir como un cobarde. Notas miradas de compasión y de ánimo. Juan y Eduardo gritan algo pero no te enteras porque no oyes, como Tom Hanks en la playa de Normandía en “Salvar al soldado Ryan”. Pero eres el centro de la atención, el gentío espera algo de ti y recuperas una precaria compostura para no defraudarlo.

Los tres surferos gritan al unísono

“Five, four, three, two, one ¡¡¡BUNGIIIIIII!!!!.”

Gritas ¡¡AAAAAAAHH !!! y sin pensarlo más saltas hacia adelante con los brazos en cruz, mirando hacia el horizonte, aunque no lo ves. Sigues gritando todo lo que dan los pulmones para tapar tu histeria. Sientes algo desconocido. Tu mente se bloquea. No tienes ningún punto de apoyo y braceas como un bebé. Vas adquiriendo velocidad en milisegundos que parecen siglos. La cabeza y el tórax adquieren una posición vertical boca abajo, absorbidos por una enorme fuerza invisible que viene de abajo. Tienes los ojos abiertos pero no ves porque las pupilas de han secado y las sensaciones son demasiado intensas. El pánico y el tsunami de adrenalina te paralizan mientras adquieres máxima velocidad y los oídos te silban

escandalosamente. Sientes que te han proyectado sobre la cara un secador de pelo gigante a máxima potencia. Las mejillas se estiran y las pupilas siguen secas. Ahora intuyes que las torturadas aguas blancas se acercan, como quien gira rápido un potente zoom. Sientes la impotencia de un recién nacido. Ya no ves horizonte, montañas ni rocas, y ahora sólo hueles agua. Desciendes tanto que parece que tu cabeza va a sumergirse la espuma turbulenta y ruidosa. Cuando quedan escasos milisegundos y centímetros para mojar te, de repente, sientes una presión en los tobillos que se intensifica y llega a hacerte daño. Una fuerza invisible, que ahora tira hacia arriba, hace que pierdas velocidad hasta que se neutraliza la caída.

Como un imán sales despedido hacia el cielo limpio y un sol cegador, con tanta fuerza que estas a punto de estamparte mucho contra el fondo del puente que habías abandonado segundos antes. Pareces un yo-yo. Te acercas tanto que puedes ver las caras de Eduardo y Juan que gritan algo, asomados a la barandilla. No escuchas lo que dicen. Vuelves a caer como una piedra y comienzas a subir y bajar como un monigote. Ahora la sensación es más suave y empiezas a recobrar la conciencia, escuchar y disfrutar. Te balanceas hacia adelante y hacia atrás, arriba y abajo. Después de 7 u 8 rebotes quedas colgando boca abajo a treinta metros del río y más de setenta debajo del puente, y esperas que alguien te suba. Mientras, lo único que se te ocurre es: “si se rompe la goma ahora tengo más oportunidades de sobrevivir...”

Algo parecido a esto es lo que deben sentir los suicidas. Ahora entiendo porque muchos mueren de un ataque cardíaco antes de estamparse.”

La sensación de paz y seguridad después de poner los pies en tierra firme debe ser parecida a la de un muerto que resucita. Tienes la inmensa satisfacción de haber traspasado tu límite. Palmaditas en la espalda y alguien que te dice: “¡que cojones, chaval!”.

## **RAFTING Y RIVER BOARDING EN EL ZAMBEZE**

Al día siguiente Juan, Eduardo y yo salimos con entusiasmo a buscar otra *aventura de pago*. En el poblado nos apuntamos a una excursión que nos

haría descender 20 km río abajo en el Zambeze, considerado como uno de los mejores del mundo para el descenso en balsa por aguas rápidas o *whitewater rafting*. Se superan dieciocho rápidos, cada cual más turbulento. El descenso dura todo el día. Una excelente organización y multitud de empresas y medios hacen que muchos viajeros con ganas de deporte-aventura disfruten diariamente de los rápidos, subidos en robustos *gomones* amarillos de ocho plazas timoneados por guías locales. Para un descenso seguro son necesarios casco, remo y chaleco salvavidas.

El *river boarding* es una novedosa y más extrema variante del *rafting*. Los rápidos se bajan sin balsa, a pelo, con casco y aletas, con el torso apoyado en una pequeña tabla rectangular de poliuretano, parecida a las tablas de *bodyboard* que se utilizan en las playas surferas. Durante el descenso te acompañan varios guías. Por su riesgo, esta actividad exige mucha supervisión.

Optamos por medio día de *river boarding* y medio de *rafting*. Precio total: unos cien euros. Sobre la tablita de *bodyboard* las sensaciones son más intensas que sentado con un remo en la borda de una balsa hinchable. Desde el momento que metes los pies en las frías y revueltas aguas del Zambeze pasas la mitad del tiempo bajo la superficie, magreado por una tumultuosa y ruidosa espuma blanca. En algunos lugares se forman olas estáticas, es decir, olas de dos o tres metros de altura que rompen permanentemente sin moverse del sitio. Las sensaciones son fuertes y la adrenalina regurgita en nuestro interior. Es una experiencia especial la de dejarse llevar por millones de toneladas de líquido y espuma que viajan y bailan contigo, zarandeándote y acompañándote. Es parecido a un inmenso alud de nieve, estruendoso y devorador, pero en este caso te deja cabalgarlo, aunque impotente y a su merced.

Mientras sacas la cabeza para respirar en el epicentro de este caos, notas aterrado que, sin ningún control, pasas como un obús muy cerca de las orillas rocosas, que se mueven hacia atrás a una velocidad espeluznante. Es como mirar el paisaje que pasa desde la ventanilla de un coche. Ahora te mueves como un tapón de corcho en un arroyo crecido. Me recuerda a lo que sentía de niño en una atracción de feria, cuando en el cochecito caía la lona y seguía bamboleándome en la oscuridad. Algunos rápidos de este tramo son grado 6 (extremadamente peligrosos) y debíamos salir del agua, con la tabla bajo el brazo o arrastrando la balsa, y flanquearlos caminando

por las rocas.

Por la tarde, tras un breve y húmedo *pic-nic*, continuamos bajando las aguas del Zambeze en una balsa amarilla de caucho, esta vez con ocho compañeros y un guía-timonel. Se trataba de no volcar, y para ello usábamos nuestros remos para pasar por la zona más tranquila de cada rápido, sin estrellarnos contra las traidoras rocas que emergían en cualquier sitio.

Aunque se produjeron en un entorno controlado y hubo que pagar para disfrutarlos, no por ello dejaron de ser momentos para recordar toda la vida. Te recomiendo que vengas a *Vic Falls* si te gustan las sensaciones fuertes. La mejor manera de llegar hasta aquí es tomar un vuelo a Harare vía Londres, descansar uno o dos días en la capital, y pasar un largo día de autobús o tren. Es recomendable informarse previamente sobre la situación política de Zimbabue. Victoria Falls sigue siendo un oasis de diversión en el extremo noroeste de un país atormentado.

## BOTSUANA

Tras divertirnos de lo lindo en Victoria Falls, Eduardo, Juan y yo nos echamos las mochilas a la espalda y emprendimos camino hacia Botsuana. La frontera quedaba sólo a media hora en coche. Reservamos un taxi por un precio razonable y nos encaminamos al puesto fronterizo de un país al que no sabíamos si podríamos acceder, ya era obligatorio un visado y en la frontera no lo concedían. Edu y Juan viajaban sin visado. Afortunadamente la jugada nos salió bien porque los funcionarios fronterizos se apiadaron al vernos colgados y sin transporte. Además, según aprendí entre Malawi y Zimbabue, todo visado tiene un precio, y mis acompañantes estaban dispuestos a desembolsar lo que hiciera falta. Eran pocos días de vacaciones y su tiempo valía oro. Tras un corto trámite aduanero, sonrisas forzadas y miradas furtivas con los aduaneros, una furgoneta que entraba en el país nos acercó amablemente a Kasane, el pueblo más cercano. El sol se escondía y habíamos llegado a un lugar fantasmagórico, sin tráfico, con poca gente y menos casas. Tras dar mil vueltas por las cuatro calles del poblado no encontramos camas disponibles. Después de varios días de frívola diversión nos encontrábamos de frente con el África real, la de la supervivencia y la improvisación. Mis compañeros de viaje se pusieron algo nerviosos ante

tanta incertidumbre. En un golpe de suerte, terminamos acostados en el suelo de una choza a varios kilómetros de Kasane, en un poblado aún más pequeño. La vivienda circular de barro con techo de paja, sin ventanas y una puerta de madera tallada era propiedad del conductor de una camioneta pick-up que se apiadó de nosotros. Me había acostumbrado a suplicar ayuda. Nada más dejar nuestras mochilas en el suelo de tierra compactada de la choza, nuestro benefactor nos presentó al jefe del clan, vecino de choza, hombre enjuto y ajado pero muy amable, que nos dio la bienvenida en buen inglés. Juan y yo fuimos a tomar unas cervezas un una choza bar, la única con electricidad. Entre miles de libélulas inofensivas que chocaban contra nuestro cuerpo y crujían debajo de las suelas de nuestras botas, cantamos con los demás vecinos, que se acercaban curiosos para conocer a los *mzungus* europeos. Eduardo dormía a pierna suelta en la choza. Al amanecer del día siguiente, nos apretujamos a base de empujones en el asiento trasero de una furgoneta-taxi que nos llevaría hasta la lejana Nata. Pasamos muchas horas comprimidos en pocos centímetros cuadrados, sin espacio para mover las extremidades y acompañados de africanos silenciosos y amables. Desde Nata, un autobús algo más cómodo hasta el más lejano Maun, a las puertas del mítico Delta del Okavango.

Botsuana es un país algo más extenso que España, con menos de dos millones de habitantes y sin salida al mar. El tsuana y el inglés son idiomas oficiales, por lo que la comunicación con los locales es fácil. El país linda con Namibia al Oeste y Norte, Zimbabue al Este y Sudáfrica al Sur. En el momento de hacer este viaje la conexión aérea Europa-Okavango era complicada. Primero había que volar hasta Sudáfrica, y desde Johannesburgo embarcarse en otro avión hasta Gaborone, capital del país, y tomar un tercer avión (de hélice) hasta Maun. Mínimo un par de días de viaje, si no hay retrasos o cancelaciones. Botsuana está cubierta por sabanas y Kalahari, un desierto semiárido punteado de arbustos y azotado por fuertes vientos y temperaturas nocturnas bajo cero. La estación lluviosa transcurre durante el verano austral, entre noviembre y marzo. Botsuana tiene una de las rentas per cápita más alta de Africa, gracias a las minas de diamantes y a un buen gobierno. La incidencia del Sida es altísima, y muy baja la tasa de natalidad.

Los primeros habitantes de Botsuana fueron los bosquimanos y otras tribus, que formaban las naciones tsuanas. A principios de siglo XIX los primeros misioneros europeos quedaron impresionados por la excelente organización

social de unos pueblos en la prehistoria económica. David Livingstone se casó con la hija de un misionero, pero los Boers le acusaron de vender armas a los Tsuanas y quemaron su casa.

Uno de los más importantes hitos en la historia de esta nación renacida (se independizó de Gran Bretaña en 1966) fue el *Gran Trek* o viaje de los Boers sudafricanos al norte del río Vaal. Los Boers reclamaban su derecho *divino* a ocupar (¡cuantos exterminios masivos por el derecho *divino* a ocupar) cualquier tierra en el sur de África. En una gran columna, veinte mil colonos blancos cruzaron el río Vaal e invadieron territorio Tsuana y Zulú, reclamando las tierras como suyas. La superioridad de las armas de fuego sobre las lanzas y arcos hicieron el resto. ¡Cuanta tierra para colonizar! Cada granjero Boer tenía derecho a ¡2.400 hectáreas de terreno! Las tribus nativas desplazadas por la invasión pidieron ayuda a los británicos, y en 1885 los territorios que quedaban a los Tsuanas se convirtieron en el protectorado británico de Bechuanaland. La mitad norte se convertiría en la actual Botsuana. Algunos años después el denostado empresario-militar-colonizador británico Cecil Rhodes intentó apropiarse de extensos territorios para ampliar su imperio de minas de oro y diamantes y dar realidad a su proyecto de unir El Cairo con Ciudad del Cabo por ferrocarril, rodando siempre sobre territorios británicos. La dependencia de Botsuana de Gran Bretaña se alargó hasta finales de 1940 por miedo a una nueva invasión de los sudafricanos (los antiguos boers vivían al sur de su frontera). En 1966 el país se independizó de Inglaterra sin derramar una gota de sangre y pasó de llamarse Rhodesia del Sur a su actual denominación. Se acordó mantener el título de propiedad de los rancheros o descendientes de colonos blancos. *Casualmente* en 1967 se descubrieron algunos de los yacimientos de diamantes más importantes del mundo. Existe un acuerdo de explotación con la minera sudafricana De Beers (irónicamente, fundada por Cecil Rhodes), que deja un 75% de los beneficios en el país. En los 80, Botsuana mantuvo el segundo ritmo de crecimiento económico más alto del mundo. Es uno de los pocos países más estables y democráticos de África.

## **DELTA DEL OKAVANGO, EDÉN SALVAJE**

Se dice acertadamente que los parques naturales de Botsuana están entre los

más vírgenes y salvajes de África. Afortunadamente no sufren la sobreexplotación de los parques de Kenia, Sudáfrica o Tanzania. Eriza los vellos detenerse a observar las interminables sabanas arboladas y ricas en agua, coronadas por fofas nubes grises y esponjosas a punto de descargar. Afortunadamente, la infraestructura turística aún no está muy desarrollada. Sin embargo, para nuestro disgusto de mochileros, la escasez de turismo en este país se debe, en parte, a los altos precios. Como vimos después en Namibia, el gobierno promueve un selectivo turismo de alto poder adquisitivo. El acceso a los parques naturales cuesta veinte euros al día, y más cuesta acampar. La mayoría de los turistas y visitantes son ejecutivos europeos que trabajan en las minas, voluntarios bien pagados de ONGs y ricachones que vienen pocos días, gastan mucho, dejan enormes propinas y no dan un paso fuera de su tour organizado.

El río Okavango, con 1.300 km de longitud, nace en el centro de Angola, baja hasta Namibia y se hunde en las sabanas de Botsuana. Lo llaman *el río que nunca encontró el mar*. Hace dos millones de años el Okavango llegaba hasta el océano, pero una intensa actividad tectónica lo desvió y lo asfixió en el corazón del desierto del Kalahari. Este fenómeno es parecido a dejar abierta una manguera sobre la arena de la playa. Es el delta interior más grande del mundo, no desemboca en una gran masa de agua. Este delta es un extensísimo laberinto de canales, lagunas e islas, cuyo tamaño es algo menor que Suiza. En el extraño y enorme oasis provocado por la abundancia de agua conviven todo tipo de animales. Como el cráter de Ngorongoro, es un paraíso aislado provocado por un accidente natural. La Unesco lo ha declarado Patrimonio de la Humanidad. El agua sube y baja según la estación de año, y los ríos, canales e islas aparecen y desaparecen. Al igual que los desiertos del Namib Naukluft en Namibia, la fisonomía de este onírico enclave cambia cada año. Lluve en Angola hasta final de abril, y las aguas crecidas llegan en junio al lecho seco del delta. Julio, Agosto y Septiembre son los meses adecuados para explorar la maraña de canales, sentado sobre la paja esparcida en el interior de un *mokoro*. El *mokoro* es una estrecha canoa de ébano tallada en un tronco, muy estable e ideal para aguas poco profundas, impulsada por un guía con una pértiga que se yergue en la popa.

La zona más profunda y virgen del delta es el *Moremi Wildlife Reserve*. Un guía nos había dicho: *con que solo veais un diez por ciento de la fauna que os vigila oculta, tendréis una experiencia inolvidable*. Cada minuto crecía

nuestra ilusión ante la expectativa de, a pie y en canoa, encontrar la vida animal en todo su esplendor.

Para acceder a la zona protegida de *Moremi* contratamos en Maun, muy temprano por la mañana, una excursión de tres días. Sólo dos horas después estábamos embarcados en una avioneta que en cuarenta minutos nos depositó, tras un vuelo digno de la película *Memorias de África*, cerca de *Gunn's Camp*, campo base para las excursiones situado en el centro de una zona húmeda y de densa foresta, de difícil acceso por carretera. Nos apeamos del bimotor de seis plazas en una primaria pista de tierra compactada. Minutos más tarde, la avioneta dio ruidosamente media vuelta y nos abandonó buscando las nubes, dejando atrás la franja amarilla y polvorienta. A unos cincuenta metros un sonriente nativo aguardaba pacientemente sentado en la *terminal*, un tronco rugoso y podrido. Durante 15 minutos nos condujo por un cómodo sendero entre la maleza a las instalaciones de *Gunn's Camp*: varias tiendas de campaña de mediano tamaño, con sus cuartos de baño y un pequeño bar. Allí nos esperaba el dueño del camp, un sudafricano blanco, y dos guías propietarios de sendos mokoros. Estábamos ansiosos de comenzar la odisea entre animales salvajes.

La partida se produjo rápidamente y sin preámbulos, zarpando los cinco a mediodía. No retornaríamos a *Gunn's* hasta transcurrir los tres días. La primera jornada la pasamos semi-tumbados sobre el fino lecho de paja esparcida en el hueco de nuestros estrechos *mokoros*, como quien se sienta en el suelo de su casa viendo la televisión, apoyando la espalda en el sofá. Surcábamos despacio los poco profundos canales que se adentran en la reserva de *Moremi*. A diferencia de otros parques naturales de África, el delta también se puede visitar haciendo largas caminatas, sin vehículo, o navegando en un *mokoro* impulsado por la larga pértiga de Matthew, mi guía africano. La velocidad de desplazamiento de la rudimentaria embarcación es lenta, pero la fauna salvaje que se divisa desde esta privilegiada tribuna está tan al alcance de la mano que a veces da pavor. Hay que respirar profundo, henchido de satisfacción, cuando miras hacia delante y ves que la proa de tu *mokoro* rasga la débil cortina de espigados *papyrus* que emergen del agua, y detrás divisas enormes llanuras sembradas de obesos *baobabs* descarnados y una vegetación que no habías visto antes, y todo coronado por un cielo sembrado de nubes de porte majestuoso y caprichoso. Disfrutas escrutando nutridas formaciones de aves que

sobrevuelan tu cabeza o descansan agrupadas en la orilla del canal, que en una ordenada desbandada remontan el vuelo cuando te acercas, creando instantes de sombra. Te asombras al toparte a la derecha con gacelas que pastan confiadas, te miran y vuelven indiferentes a su quehacer. A la izquierda un elefante bebe mientras su vástago se retoza en el barro.

En ocasiones tuvimos que detenernos y esperar a que los elefantes terminaran de beber y se alejaran, o flanquear sigilosamente a los peligrosos hipopótamos en un momento de distracción. Dicen que la riqueza avícola del delta es la más variada y abundante de África. Desde el mokoro vimos muy de cerca jacanas africanas, ibis, loros, búhos, águilas, buitres, *snakebirds*, cálaos de enormes picos que descansaban, pescaban o buceaban. Por las noches acampábamos en medio de la reserva, sin ninguna protección y arropados por el murmullo de animales y aves en libertad.

A última hora de la tarde desembarcamos cerca de una gran explanada. Juan, Eduardo, los dos guías y yo armamos las pequeñas tiendas de campaña mientras observábamos con preocupación como a pocas docenas de metros pasaban grupos de elefantes. Afortunadamente nos ignoraban de una manera insultante. Bien entrada la noche, en las largas horas de insomnio, los tres dábamos vueltas en el saco de dormir aterrorizados por los rugidos de leones y otros depredadores, que con libertad y nocturnidad vivían sus rutinas muy cerca de nuestras frágiles tiendas. Es increíble a que velocidad y riqueza funcionan los fotogramas de la imaginación cuando uno tiene miedo. Juan dice que no pegó ojo y pasó la peor noche de su vida. Para rematar, a las cuatro de la mañana nos cayó el cielo encima entre un festival de truenos y relámpagos. Me pasé la noche achicando agua del interior de mi tienda de campaña.

Como complemento al tronco-canoa, el *walking safari* es una interesante variante para disfrutar de cerca la fauna salvaje, sin molestarla ni espantarla. Nos dejamos llevar por la experiencia del guía. Cualquier huella o rastro sirve para especular sobre la presencia de grandes mamíferos en libertad. Seguimos la pista de ramas rotas, huellas, desechos orgánicos y sonidos y olores, y encontramos antílopes de varias especies, impalas, hipopótamos, chacales, hienas, mandriles, perros salvajes africanos y muchos elefantes. Dicen que en el delta habitan cocodrilos del Nilo y los siempre escurridizos leopardos, pero no llegamos a verlos.

Un día estábamos tomando una foto debajo de un baobab en las estribaciones de una zona boscosa. De repente, y sin mediar palabra, Matthew salió disparado, como un resorte. Corría a toda velocidad, mientras nos hacía señas con el brazo para que le siguiéramos. Lo hicimos sin preguntar ni entender que ocurría. Poco después nos dimos cuenta que corríamos escasos metros detrás de un león y una leona que huían, enseñando sus traseros y mirando molestos hacia atrás. Nuestra única protección era un inofensivo palo de madera que Matthew blandía amenazadoramente (sic). Desde niño siempre imaginé que sería yo el que, aterrorizado, correría delante de los leones. Nuestro guía nos explicó después el porqué de que el rey de la jungla tema a los humanos: hace sólo tres años vivían en esta zona más de un millar de leones. Hoy quedan sólo treinta parejas. La caza furtiva amenaza con extinguir la especie en esta zona y en muchas otras partes de África. Pocos años antes, por la misma causa, se extinguieron los rinocerontes en esta zona.

El Delta de Okavango ha quedado grabado en nuestras retinas y en la tabla rasa de nuestra memoria. No olvidaremos el goce intenso y sin tapujos de una naturaleza muy salvaje, en un estado primario, y sin interferencia humana. Tuvimos la sensación de que todo aquello era nuestro. Tuvimos la sensación de estar muy lejos del turismo que hoy abarrota muchos parques y reservas de Africa.

## NAMIBIA

Estoy convencido de que Namibia es uno de los sitios más fotogénicos de este planeta. Su territorio está lleno de fabulosos paisajes desérticos que parecen de otro planeta. Los 1.400 kms de costa oeste son en su mayoría un desierto larguísimo que saca pecho ante el violento Atlántico Sur. En el interior están los *inselbergs* o montañas de cima plana con de cortes abruptos y verticales caídas. El país esta flanqueado al Norte por Angola, al Este por el desierto de Kalahari y Botsuana. En el Noreste, la franja de Caprivi y las tierras húmedas regadas por los ríos Okavango y Zambeze. Al Sur, Sudáfrica, mucho desierto y fantásticos ríos secos, que forman los espectaculares cañones de *Fish River* y *Kuiseb*.

Namibia es un extraño injerto alemán en el Sur del continente negro. El idioma oficial es el *Afrikaans*, como en Sudáfrica. Proviene de un cruce de

holandés con dialectos locales. Además del afrikaans, el namibio se defiende en inglés y en el dialecto de su etnia.

Descubrimos con jolgorio que también hablan *chiquitistán*. ¿Te acuerdas del Chiquito de la Calzada? En uno de nuestros trayectos en auto-stop, Juan y yo bromeábamos en español ante la audiencia local, e intercalábamos algunas expresiones de este cómico andaluz. Los pasajeros namibios del vehículo participaban divertidos en nuestra conversación al escuchar palabras que les resultaban familiares.

Después de muchas carcajadas, sacamos en claro estas similitudes entre la “*lengua chiquito*” y algunos dialectos locales:

*Grijander*: ¿como estás? (herero)

*Ekarenauer*: hasta luego (herero)

*Junemore*: hola (afrikaans)

*Commorr*: número (herero)

La antigua África del Sudoeste tiene unos 825.000 km<sup>2</sup> (España e Italia juntas) y está habitada por unos dos millones de habitantes. La población blanca no rebasa el 7%, mas otro porcentaje igual de mestizos *coloureds* y *basters*. Sin embargo, esta minoría caucásica (la segunda mayor de África subsahariana, después de Sudáfrica) ha tenido un importante impacto sobre las costumbres, infraestructura y modo de vida de esta nación tan olvidada y alejada de todo. Por ejemplo, la mitad de la población es luterana, y hasta 1990 el alemán fue lengua oficial. Las etnias africanas, tras una larga etapa de sangrientos conflictos tribales para consolidar sus territorios, han quedado dividida en varias tribus: la mayoritaria Bantu, y Khoisan, Hereros, San, Damaras, Kavangos, Himbas, Ovambos etc.

Hasta hace un par de siglos, la traicionera costa de Namibia fue ignorada por los exploradores marítimos europeos. Los primeros en arriesgarse a desembarcar fueron intrépidos misioneros alemanes. Cuantos países africanos abiertos a Europa por el arrojado de hombres que sólo buscaban la evangelización. A finales del siglo XIX, Luderitz convenció al canciller alemán Bismarck para que concediese a estos nuevos territorios el estatus de protectorado alemán. Como consecuencia, a comienzos del XX se produjo una masiva inmigración de ciudadanos alemanes. Poco después se descubrieron en el sur del país las mayores minas de diamantes del mundo. Aún hoy, gran parte del sur namibio es zona de acceso prohibido. En 1915 los sudafricanos expulsaron a los alemanes. Llegaron atraídos por las

riquezas y sacando provecho de la humillación alemana tras la primera guerra mundial. El primer ministro sudafricano Botha y el General Jan Smuts se ocuparon de la nueva invasión. El país pasó a llamarse Africa del Sudoeste. En 1956 las ONU declaró ilegal la ocupación sudafricana.

Pero las riquezas mostradas por las minas de diamantes, trabajadas por esclavos negros, eran una ración demasiado apetitosa, y los sudafricanos se negaron a marcharse. Fuera de la zona minera del sur, un reducido grupo de 6.000 colonos blancos eran capaces de dominar este extenso país, quedándose con las mejores tierras del centro, y expulsando a las tribus negras al norte hacia zonas más inhóspitas. Allí fueron diezmadas por el hambre y la falta de recursos. Para recuperar las tierras y el poder perdido, los habitantes indígenas iniciaron en 1966 una guerra de guerrillas contra los opresores blancos y crearon SWAPO. En 1972 la ONU volvió a declarar ilegal la ocupación sudafricana, pero una guerra civil en Angola, país fronterizo al norte, justificó la prolongación de la ocupación. Los sudafricanos alegaban para desobedecer su derecho a estar preparados para repeler un posible ataque de los 19.000 soldados cubanos desembarcados en Angola para apoyar a una de las facciones en liza.

Finalmente, en 1990, la zona de administración especial *Africa del Sudoeste* obtuvo su declaración de independencia, y el líder de la SWAPO se convirtió en el primer presidente de Namibia. Muchos colonos afrikaans se negaron a marcharse y hoy viven aislados en inmensas fincas de miles de hectáreas en zonas áridas y desoladas. Ahora el mayor reto del país con menor densidad poblacional del mundo (con permiso de Mongolia) es superar la altísima incidencia del Sida: uno de cada cinco namibios esta infectado y la esperanza de vida se ha reducido a menos de 50 años.

Namibia sigue siendo un país controlado *de facto* por la minoría blanca. El idioma oficial es el inglés. Las tribus que un día fueron dueñas de las tierras y han logrado sobrevivir habitan en hoy en las zonas forestales del Norte, en la frontera con Angola. Cuando paseas por Windhoek, Swakopmund, Walvis Bay o Luderitz parece que estás de visita en Baviera. La diferencia es que pasadas las últimas casas comienza un desierto sin fin. Namibia cuenta con uno de las rentas per capita más altas de Africa, gracias a las minas de diamante y uranio del sur, la riqueza pesquera de sus costas y las inversiones alemanas y sudafricanas. La ínclita diamantera sudafricana *De Beers* deja el 75% de sus ganancias en las arcas del gobierno namibio,

como también hace en Botsuana.

Las colosales e interminables dunas y extensas zonas áridas dan un aspecto fantasmagórico a dos tercios de este territorio en el fin del mundo. La infraestructura turística es una de las mejores de África, y la oferta de actividades y excursiones es tan amplia que es difícil elegir: la costa de los Esqueletos, el Desierto Namib Naukluft, el Parque Natural de Etosha, Kaokoland, Fish River Canyon, Sossusvlei, Caprivi, Windhoek, Swakopmund etc. La filosofía del Ministerio de Turismo es atraer turistas de alto poder adquisitivo. Es difícil viajar barato. Los precios de los tours organizados son prohibitivos para los mochileros. Para conocer el país a fondo es imprescindible alquilar un todo terreno.

La población blanca de Namibia es la más racista que conozco.

Sirva de ejemplo la siguiente anécdota, que me ocurrió en Swakopmund, que lame la costa atlántica y es punto de partida para las excursiones al desierto y la costa de los Esqueletos. A las diez de la mañana de un soleado domingo estaba de espectador en un desfile de amazonas que cabalgaban sobre acicalados corceles, por la calle principal y en filas de a dos. Participaban en el campeonato nacional de hípica, que se celebraría días después en una localidad cercana. Estas jóvenes embutidas en uniformes impolutos desfilaban sobre sus caballos de raza, altivas, con gesto adusto y mirada distante. Las amazonas eran adolescentes de piel blanca y pelo rubio. Al frente, un todoterreno vomitaba una atronadora marcha militar que vagamente me recordaba himnos nazis. La apretujada multitud de negros contemplaba boquiabierta este despliegue de glamour surrealista. Durante el desfile le comenté a mi amigo Enzo, de Pescara (Italia), lo extraño y anacrónico de la escena. Una *swakopmundesa* blanca que oyó mi comentario, me tocó el hombro y con voz grave y ceño fruncido nos arengó en perfecto inglés sobre el error de nuestra apreciación:

*"Aquí no hay racismo. No estáis viendo amazonas negras porque los negros no tienen caballos..."*

Y tras decir esta barbaridad, se dio la vuelta y se alejó, tan campante...

## UN LARGO VIAJE

Pero es ahora el momento de compartir los buenos y malos momentos en la peculiar y lejana Namibia.

Tras despedirnos en Botsuana de un apesadumbrado Eduardo que regresaba la rutina en España, Juan y yo atravesamos durante un día completo parte del Desierto de Kalahari en un destartalado autobús semivacío, botando sobre los duros asientos de madera. El fin de trayecto era en un hotel en Ganzhi, una pequeña población en medio de la nada. Era una noche oscura, estrellada y fría. No queríamos gastar dinero y decidimos acampar en el césped que ajardinaba el hotel. Amanecimos a las tres y media de la madrugada. Aún nos faltaban bastantes unos trescientos y pico kilómetros por pistas en dirección Este, hasta la frontera con Namibia. Acurrucados a la intemperie en la bandeja trasera de una camioneta “pick-up” recorrimos muchos kilómetros por las polvorientas y pedregosas pistas del desierto de Kalahari. Nuestros benefactores eran un joven amable y mastodónico namibio blanco acompañado por su pulcra y rubia esposa, que habíamos conocido la noche anterior en una furtiva internada al comedor del hotel. Estaban recién casados y volvían a su país después de viajar durante un mes por el cono Sur de África. Iban con prisa porque llegaban varios días tarde en su obligación de retomar el control y administración de una inmensa finca de cincuenta mil hectáreas, en algún lugar en medio de la nada. Ambos estaban contratados por su terrateniente afrikaans para explotar 20.000 cabezas de ganado. Bajo una sucia manta, con la ropa forrada de una fina capa de polvo amarillento, y ateridos de frío, llegamos poco antes de las siete de la mañana al desolado puesto fronterizo de Buitepos, entre Botsuana y Namibia. Aún no habían llegado los funcionarios y el puesto estaba cerrado con una barrera metálica descolgada. Surrealista. A ambos lados del puesto fronterizo se extendían miles de kilómetros de árida llanura, sin barreras humanas ni naturales.

Todavía hoy me pregunto de donde aparecieron diez minutos después unos funcionarios nativos pulcramente uniformados, desganados y con semblantes somnolientos y desganados. Nuestro vehículo era el único que esperaba, por lo que no tuvimos problemas para pasar la frontera. En África, esto es mucho decir. Tres horas después de entrar en Namibia, ya a plena luz del día y con un poco más de calor, la camioneta se detuvo en una pequeña y animada población. Nos despedimos de la amable pareja, que se desviaba hacia el Norte y le quedaba una larga jornada. Juan y yo debíamos continuar hacia el Oeste hasta Windhoek. En este momento Juan sacó la foto más significativa de mi vuelta al mundo. El sevillano extendiendo el pulgar al borde de una calzada y sosteniendo un cartón blanco con WINDH

rotulado a mano, con la mochila sucia apoyada en la rodilla, un raído pantalón nepalí, una camiseta agujereada y un pañuelo en la cabeza. Con ese lamentable aspecto no me recogería en Europa ningún conductor en su sano juicio. Además, no creo que oliese a perfume de Armani. Pero estábamos en el sur de África. Tuvimos suerte y en menos de veinte minutos se detuvo varios metros mas adelante una pequeña furgoneta llena de divertidos mulatos. Tras muchas risas y bromas al comparar el dialecto *herero* con el vocabulario del *Chiquito de la Calzada*, al mediodía estábamos en Windhoek, la capital del país.

La configuración del centro de Windhoek hace pensar que estamos en una ciudad alemana, en el corazón de Baviera o de la Selva Negra. Pero cuando te alejas varios kilómetros chocas de bruces con la realidad. Nuestra agradable y organizada ciudad está rodeada por algunas de las extensiones de arena y piedra más inhóspitas y menos pobladas del planeta, sin una gota de agua en cientos de kilómetros a la redonda. Pero este oasis de civilización alberga numerosas razas y fantásticas mezclas étnicas. Algunas mujeres son bellísimas. Nunca olvidaré el orgulloso bamboleo de esa espectacular mujer de más de 1,80, cuerpo perfecto, piel tostada con mezclas de alemán y ovambo, cabello largo y cobrizo, luminosos ojos verdes de mirada distante, tacones de infarto para pies que se cruzan al caminar, falda ceñida y chaqueta de algún diseñador europeo de renombre.

Paseando por la bien cuidada Avenida de la Independencia, repleta de lujosas tiendas, nos sentamos en un banco público, deleitándonos con la mezcla de pelirrojos, albinos, exóticas mezclas étnicas resultantes de uniones entre ovambos, hereros o himbas con chinos, caucásicos e hindúes. Ropa de Versace, Chanel y Dior, joyas, BMWs, Mercedes y Porsche, yuppies, enormes y gordas mujeres negras con las coloridas prendas de tela tradicionales, algún bosquimano semidesnudo, quioscos que venden cucuruchos de delicioso helado italiano, luminosidad y limpieza, restaurantes alemanes que sirven mil y una variedades de *bratwurst*, agencias de viaje con docenas de ofertas para viajar a Alemania. Si deseas contrastes, en Windhoek tienes los que quieras y más.

Juan y yo nos organizarnos rápidamente hacia un nuevo destino. Caminante no hay camino, se hace camino al andar. Compramos billetes para viajar en una cómoda furgoneta, transformada en minibús, en dirección a Swakopmund, el mayor centro turístico de la costa. Desde allí

proyectábamos internarnos en el desierto.

Al día siguiente llegamos a Swakopmund, donde descubrimos con preocupación que no existía un alojamiento adecuado a nuestros exagües presupuestos. Las dos únicas pensiones para mochileros habían sido cerradas recientemente por el ayuntamiento local para desincentivar el turismo barato. Es decir, nuestro turismo. Pero este tipo de viaje está basado en la improvisación y en una alerta continua para salvar obstáculos. Cualquier problema suele encontrar una solución, siempre que no haya prisa. Un golpe de suerte nos encaminó a un pequeño paraíso: *Sam Giardino's Guesthouse*.

Sam es uno de los tipos más peculiares que he conocido en este viaje. Llegó de la Suiza alemana a Swakopmund hace pocos años y compró un chalet estilo europeo de varias plantas, con tejados a dos aguas y un torreón. Aprovechando su experiencia como director de un hotel en Basilea, este gordito de 50 años con aspecto de empollón decidió abrir un *guest house* o casa de invitados, como a Sam le gusta llamarla. Es una vivienda con un cuidado y pequeño jardín japonés, un estanque artificial con puentecito, que flaquea una vivienda de cinco habitaciones y dos pisos decorada al estilo centroeuropeo, como si buscara satisfacer las expectativas de alemanes exigentes que buscan las comodidades de un refugio en Los Alpes. Sam es amante de los buenos vinos y gruesos puros y, como buen suizo, es aburrido, formal y sofisticado. Durante los días en nos alojamos en su palacete, Sam se enfrentaba impaciente a problemas burocráticos derivados de la reciente inauguración de su alojamiento. El anfitrión necesitaba darse a conocer y carecía de huéspedes pudientes, por lo que aceptó a un par de pordioseros harapientos por la módica cantidad de siete euros al día. Un auténtico lujo por calderilla. Teníamos una completa cocina a nuestra disposición, con acceso libre a los más exquisitos manjares, la mejor música clásica, video, televisión vía satélite, ordenador portátil, biblioteca y videoteca etc. Durante los primeros días no salimos de Sam's ni para comprar el pan. Se nos unió Enzo, un cuarentón maestro de escuela del sur de Italia de carácter irregular. Estaba en el comienzo de sus dos meses de vacaciones, en los que viajaría por Sudáfrica y Namibia.

## UN UNIVERSO DE DUNAS

Me enfrenté a la segunda baja. Juan debía regresar a Madrid, desandando por tierra los miles de kilómetros que habíamos recorrido juntos por caminos y pistas desde Harare, Zimbabue. Le esperaban tres días de viaje en los que bajaría de una furgoneta sólo para dormir y orinar.

Pero antes de su partida aprovechamos para sacarle jugo a las gigantescas dunas que rodean Swakopmund. El primer día fuimos con un grupo de ingleses a practicar *Sand Dune Boarding*, un extraño deporte de riesgo. Desde la cresta de dunas de más de 250 metros de altura, equipado con gafas de sol, guantes, casco y una fina y sencilla tabla rectangular que parece extraída del fondo de un armario, te deslizas a gran velocidad por largas e inclinadas pendientes de brillante y compacta arena ocre. Borbotones de adrenalina durante el vertiginoso descenso. A 80 kms por hora controlas tu dirección rozando levemente la arena con la puntera de la bota. Un error o tropiezo a esta velocidad y rebotarás contra la dura arena durante varias docenas de metros. Con más ganas de jaleo, al día siguiente alquilamos dos quads (motos todo-terreno de cuatro ruedas) y subimos y bajamos durante horas por las olas del océano arenoso.

Juan se marchó. Me volví a encontrar huérfano de buenos amigos y de un ambiente protegido. Sumido en la nostalgia busqué refugio en los planes de viaje de Enzo, nuestro vecino en Sams. El italiano había alquilado un viejo Volkswagen Golf blanco con la intención de recorrer durante cuatro días las pistas de una porción de la costa Namibia y del desierto *Namib Naukluft*.

Al día siguiente nos pusimos en marcha, y doscientos kms al norte visitamos la reserva de *Cape Cross*, donde unas cincuenta mil focas retozan compactas en una apesosa colonia, al borde de la rocosa orilla del Atlántico sur. Ese mismo día cambiamos de rumbo hacia el Sur, en busca de unas lechugas gigantes llamadas *Welwitschias*. Son extrañas plantas que crecen en medio del desierto, no florecen hasta los 20 años y viven más de mil años, y algunas hasta 3.000 años. Absorben las *microgotas* de agua que flotan en el aire en una niebla que cubre como una manta las silenciosas y quietas horas tempranas en el desierto.

Continuamos hacia el sur durante el resto del día, zigzagueando con precaución a lo largo de interminables y peligrosas pistas de arena y piedra,

como escarabajos en un paisaje lunar. Teníamos miedo de sufrir una avería mecánica; no había asistencia técnica posible. Equipados con una tienda de campaña, muchos litros de agua, gasolina extra, neumáticos y comida de sobra, recorrimos seiscientos kilómetros por el desierto más antiguo del mundo.

Dicen las guías turísticas de postín que en el desierto de Namib Naukluft, con suerte y con una luz adecuada, se pueden ver los paisajes más mágicos. El clima seco durante el día y brumoso después del amanecer es consecuencia del choque de la corriente antártica de Benguela con los vientos tropicales. Durante el día te derrites a más de cuarenta grados y por la noche te congelas a temperaturas bajo cero. La fricción térmica da lugar a terribles tormentas de arena que bloquean el sol y penetran por las más finas rendijas. Este choque de fuerzas ha cubierto el paisaje con un pesado mar de arena e impresionantes dunas. Son arenas de cuarzo con vivo color rojizo, anaranjado, violeta y crema que se desplazan milímetro a milímetro, sin prisa pero sin pausa, esculpiendo líneas perfectas y ondulaciones caprichosas. Un viento incesante acaricia y transforma cada día las crestas de arena. Una foto satelital muestra la geometría de esta alfombra anaranjada que muta como las olas que no rompen, a cámara muy lenta. Cuando el viento sopla desde varias direcciones, las dunas adquieren forma de estrella.

La guinda de este fantástico y a la vez fantasmagórico planeta extrasolar son las dunas de *Sossusvlei*, con epicentro en una charca de agua limpia y transparente, casi seca rodeada de troncos secos y torturados y de telón, las dunas más altas del mundo, con más de 300 metros de altura. El quieto reflejo de este Himalaya arenoso sobre el agua inmóvil del estanque produce un efecto irrepetible que hace valer la pena cualquier paliza por áridas e interminables pistas. Impresiona subir a una duna elevada y observar un desierto interminable que nos hipnotiza y oprime. Pero no todo es jauja: que cuesta la misma vida ascender 300 metros de duna, porque a cada paso tus pies se sumergen muchos centímetros en unas arenas blandas, casi movedizas. Tras tanta belleza, y una vez escondido el sol en el seno de algún gigante rojizo teñido a negro, Enzo y yo nos cobijamos en nuestras tiendas de campaña. Permanecemos dos días en *Sesriem*, a sesenta kilómetros y punto de acampada autorizado más cercano a *Sossusvlei*.

Regresamos del desierto y nos quedamos un par de días en Windhoek,

donde preparé la próxima etapa del viaje.

Necesito volver a Namibia. Me he quedado con ganas de ver la legendaria Costa de los Esqueletos, que asciende hacia el norte besando el furioso Atlántico sur. Cientos de kilómetros, desde Swakopmund hasta la frontera con Angola. Dos solitarios millones de hectáreas costeras con playas de arena y dunas infinitas. Se dice que esta costa es el lugar más inhóspito del mundo. Durante la época de los descubrimientos fue ignorada por los exploradores marítimos por lo traicionero de las corrientes costeras y sus peligrosos bancos de arena. Encallar en estas brumosas y desoladas playas suponía una muerte segura, ya que caminando hacia el interior sólo encontrarían desierto, leones hambrientos, elefantes y rinocerontes. Se dice que hasta hace algunos años una especie semi extinguida de *leones del desierto* husmeaba en las playas repletas de herrumbre y esqueletos de barcos naufragados, en busca de alimento entre cetáceos encallados o algún lobo de mar desprevenido.

Citando de nuevo a J. Reverte en su viaje a África:

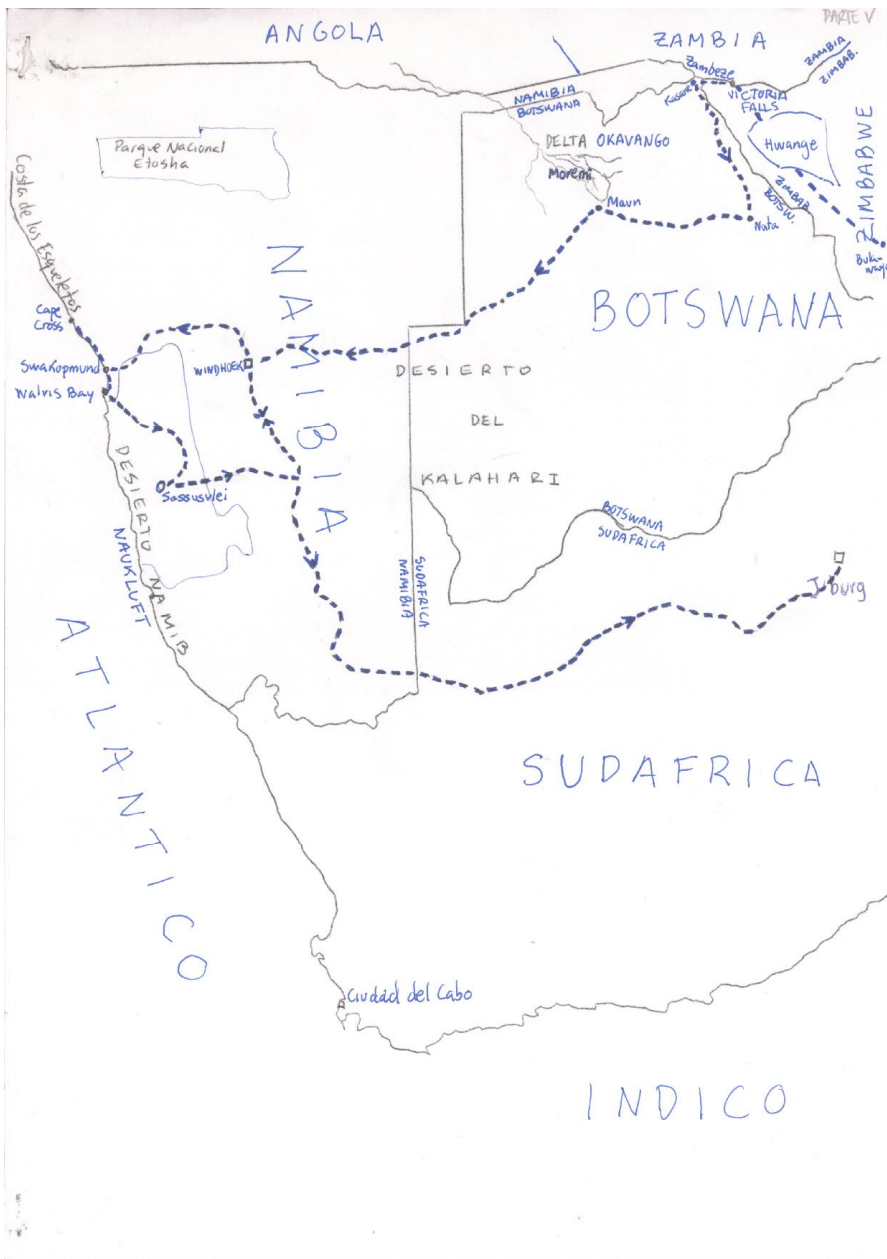
*“Creo que el ojo del hombre debe ver las cosas por sí mismo, respirar con sus propias narices los aromas de las plantas, de los animales y de los otros hombres, tocar con sus manos las manos de hombres de otras razas, pisar con sus propios pies la tierras más lejanas. El alma del hombre tiene que recuperar la pasión de la aventura y no esperar a que se la sirvan en la pantalla de un televisor o en las salas de un cinematógrafo. Y la gran aventura es siempre el viaje.”*

*“Deberíamos viajar sin tregua y alentar en nuestro pecho un corazón de mzungu”.*

Durante las próximas semanas cambiaré totalmente de tercio, aunque continuaré por un África sub-sahariana diferente. Viajaré por África Occidental. Quiero conocer y escribir sobre Togo, Benin, Ghana, Costa de Marfil, Burkina Faso y Mali.

Me cuentan que allí encontraré lo más profundo del África negra, una civilización poco contaminada por el turismo y por los restos de una desastrosa colonización europea.







ZIMBABWE: Camino a Vic Falls con Juan y Eduardo.



ZIMBABWE: Bienvenidos a Victoria Falls



BOTSWANA: Delta del Okavango. Buscando fauna en el "mokoro"



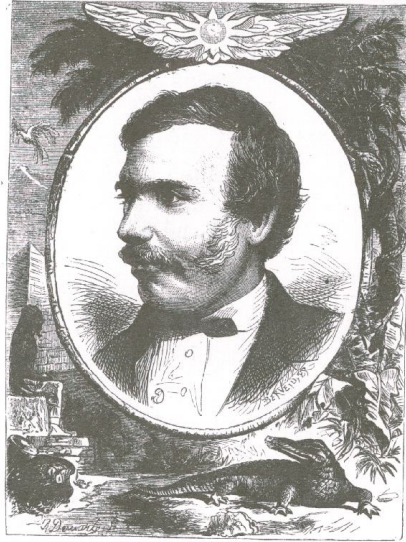
BOTSWANA: Delta del Okavango. Moremi Wildlife Reserve  
Matthew nos explica como seguir las huellas de leones.



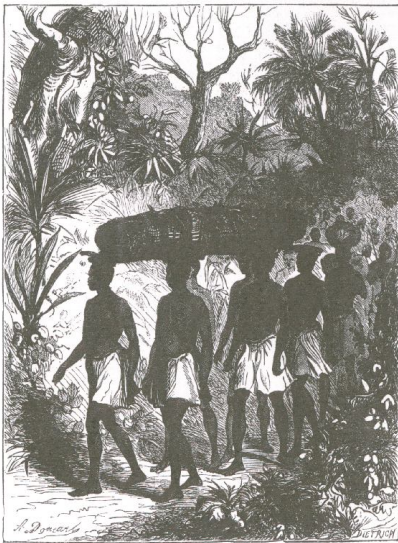
ZIMBABWE: "Bungi Jumping" .¡Allá voy!



ZIMBABWE: De pasas por el Hwange National Park



El doctor David Livingstone



El cadáver de Livingstone es llevado a Zanzíbar



ZIMBABWE : "Riverboarding" en el Zambeze .



ZIMBABWE : "Rafting" en el Zambeze



NAMIBIA: A toda velocidad por las dunas.



NAMIBIA: Cerca de Sossusvlei.



NAMIBIA: Haciendo auto-stop hacia Windhoek



NAMIBIA: Dunas en el Namib Naukluft Park.